

RECENSIONES

ROUGEFON, Camille: «Prospective nucléaire: la prolifération des armes», *Revue de Défense Nationale*, diciembre de 1962.

Las pretensiones de lograr algo nuevo sobre los problemas estratégico-políticos que plantea la guerra nuclear, son probablemente vanas. El hecho de que una sola bomba termonuclear posea una fuerza explosiva superior a la que han utilizado todos los hombres en el transcurso de la Historia, demuestra con evidencia el cambio cuantitativo arrastrado por una revolución cualitativa.

Las discusiones estratégico-políticas han alcanzado un grado de confusión extraordinario entre los propios especialistas, pues los cambios que se han producido en muy corto plazo, tales como la bomba atómica de 1945, la termonuclear de 1950 y los ingenios balísticos de 1955 han cambiado por completo los conceptos procedentes sobre la potencia militar.

La doctrina americana.

En octubre de 1949, días después de la primera explosión atómica soviética, el comité consultivo científico sobre Energía Atómica fué consultado sobre la conveniencia de desarrollar la bomba H; dicho comité la juzgó costosa, inmoral e inútilmente devastadora; la experiencia ha llevado las cosas a su justo valor. En 1955, días después de las detecciones de ingenios balísticos por encima de la U. R. S. S., la Air Force, que había conseguido bloquear las experiencias del US Army para la obtención de ingenios balísticos de gran alcance, expresó su escepticismo sobre las pruebas rusas, diciendo que la parada sería rápidamente encontrada y que pasaría mucho tiempo hasta que estos ingenios sobrepasaran en sus posibilidades bélicas a los aviones. Pero los 300 millones de dólares gastados en el proyecto Nike-Zeus antiproyectiles, no sirvieron para nada y McNamara así lo reconoció.

El mismo McNamara, en su discurso del 16 de junio pasado, expuso a sus colegas la opinión sustentada en el seno de la O. T. A. N. sobre las opiniones norteamericanas respecto a los problemas que dividen a las naciones atlántica.

Insistió en la vanidad de las tentativas de crearse una fuerza atómica propia por parte de las naciones pequeñas, debido principalmente a cuestiones financieras. Los Estados Unidos consagraron a ello este año 15.000 millones de dólares, la Gran Bretaña ha gastado 150 millones de libras, mientras que Francia invirtió mucho menos en sus experiencias atómicas.

Por otra parte, las posibilidades nucleares limitadas operando en forma independiente, son peligrosas, costosas, fácilmente anticuadas y poco aptas para disuadir al adversario. Estas son las razones más convincentes, porque tanto los Estados Unidos como la U. R. S. S. no deseen compartir las armas atómicas con sus aliados ni facilitar su proliferación.

La explosión submarina.

Pero los países que no tienen gran potencialidad económica, pueden llevar simplificaciones en el empleo de armas de destrucción masiva que les evite el empleo de los grandes aviones de bombardeo y de los *missiles*. Uno de los procedimientos es el empleo de grandes cargas submarinas. La razón es la siguiente:

Desde hace ya algún tiempo, algunos críticos militares han señalado que, como consecuencia de los efectos de la nube radiactiva, no será preciso que el punto cero de la explosión haya que situarlo en territorio enemigo, sino que bastará realizar explosiones de gran poder radiactivo fuera de sus fronteras, y que la nube, al penetrar dentro del territorio enemigo, consiga devastaciones decisivas. Pues bien, el estudio de los experimentos de Bikini del año 1954 ha hecho conocer que la potencia radiactiva de la nube es máxima cuando la explosión se realiza a pequeña altura, positiva o negativa, de la superficie de aguas poco profundas, pues la vaporización arrastra los materiales formados en el cráter, de los cuales unos caen cerca del punto de la explosión, pero otros son arrastrados muy lejos. Ello da probabilidades a las minas submarinas, que se pueden colocar a barlovento del adversario, produciendo unas posibilidades de disuasión muy grandes a las naciones que no tienen medios para desarrollar en gran escala ni los grandes *missiles* ni la aviación de bombardeo estratégico.

La guerra radiológica.

La elección de los radioisótopos utilizados en la nube radioactiva es tan importante como el de la altitud o la profundidad de la explosión.

En las horas que siguen al de la explosión de la bomba fisión-fusión-fisión tan sucia como sea posible, la máxima potencia es debida a la tercera etapa de la fisión. Pero la actividad de los residuos de la fisión caen muy rápidamente, de aquí la idea de la bomba de cobalto, consistente en una envuelta de cobalto natural sustituyendo la última etapa de la fisión, lo que introduciría en la caída el cobalto 60, cuyo período de duración de 5,3 años, es muy superior a los otros productos de fisión, lo que asegura la constancia de su radioactividad durante meses.

Sin embargo, la elección de este radioisótopo presenta inconvenientes muy graves, consecuencia de su propia duración, pues terminaría devastando a los enemigos y a los amigos, por lo que podría destruir a continentes enteros.

La solución de estas dificultades conducen a la elección de isótopos de duración intermedia. Así el manganeso, el cobre y el arsénico tienen períodos de duración de 2,6 horas, 12,8 y 26 horas respectivamente, lo que garantizaría los efectos de la intensidad radioactiva local sin alcance mundial.

Los vectores.

Combinando las condiciones de explosión favorable a una nube radioactiva local con un período de los radioisótopos varios millares de veces inferior que el del cobalto 60, podría extenderse unos mil kilómetros a sotavento los efectos de una carga comprendida entre 20 y 100 megatonnes, infligiendo dosis semi-letales sin temor a un envenenamiento general de alcance mundial. La guerra así conducida fuera de las fronteras del adversario no provocaría destrucciones extensas en las poblaciones civiles ni en las ciudades, librándose de sus efectos aquellos situados en refugios atómicos, o dando tiempo para refugiarse. En cuanto a las destrucciones vegetales y animales, podrían ser paliadas por el almacenamiento de víveres que garantizaran al Occidente de los ataques mucho mejor que las fuerzas de disuasión actuales.

De todos los medios convenientes a una guerra radiológica conducida bajo estos principios, el vector más apropiado para ser utilizado sería la marina, pues ella podría situar con facilidad una serie de minas conteniendo explosivos atómicos de las características citadas, de unas cinco toneladas de peso.

RECENSIONES

Si bien el avión no tiene la capacidad de transporte que el buque, los actuales aviones tienen sobrada capacidad para llevar estos pesos, lo que también les convierte en adecuados para conducir operaciones de este tipo. En fin, de una forma o de otra, el rendimiento de las explosiones nucleares con radioisótopos de período conveniente, parece ser el arma de destrucción masiva más potente, ofensiva o defensiva, táctica o estratégica.

Perspectiva nuclear.

Estas aplicaciones de la guerra radiológica no tienen la pretensión de agotar los medios que hoy tienen los países con posibilidades nucleares limitadas para escapar a las objeciones de McNamara sobre las armas costosas, peligrosas, fácilmente anticuables y poco aptas para disuadir al adversario.

La evolución hacia las armas de rendimiento mayor se ha visto siempre frenada por la oposición de los medios militares y constructores, a los que se une hoy día el de los sabios.

En Norteamérica, la cuestión del reparto de créditos entre los distintos Ejércitos y los temores de los fabricantes de ingenios balísticos de que la política atómica citada provoque paros en sus actividades constructoras, son factores importantes en la continuación de la política de construcción de gran número de ingenios balísticos y de la proliferación de los mismos, aunque sus cabezas nucleares no porten más que explosivos hasta de cinco megatones, y aún mucho menores. Por el contrario, la U. R. S. S. se orienta hacia los 20 a 100 megatones, de efectos caloríficos devastadores en extensión de 50 a 100.000 kilómetros cuadrados, por lo tanto mucho menos costosos que los americanos.

En consecuencia, la U. R. S. S. parece orientarse hacia una fuerza de 300 unidades, mientras que los Estados Unidos a una de 3.000, es decir, a una solución de pueblo rico, lo que traería como última consecuencia la dificultad de los aliados de construir una fuerza atómica debido a los costes y cargas financieras que ello supondría, quedando en la práctica los Estados Unidos como únicos detentadores de la potencialidad disuasoria, que por lo que se ve es lo que persiguen.

Pero los perfeccionamientos de la guerra radiológica hace que este tipo de armas, si se aplica con las normas que poco más o menos se han expuesto, lleguen a no ser un monopolio, sino posible a otros grandes países.

ENRIQUE MANERA.

ENDICOTT OSCOOD, Robert: *NATO, the Entangling Alliance*, The University of Chicago Press, Chicago, 415 páginas, 1962.

Una conclusión importante a la cual se puede llegar, lo mismo después que antes de leer este libro, es que todo lo que nace con un fin determinado está llamado a tropezar con dificultades serias, que alguna vez llegan a ser insuperables, para su adaptación a un ambiente expuesto siempre a la acción de cambios y alteraciones. El mundo de hoy es muy distinto de aquel que existía cuando se creó la O. T. A. N. Esto quiere decir, para empezar, que si la O. T. A. N. no ha sabido o no ha podido adaptarse a ese mundo tan cambiado, a duras penas podrá esperarse que se encuentre en condiciones de llenar su misión en la forma en que originalmente se pensó que lo hiciese.

No sólo porque desde la fundación de la O. T. A. N. ha dejado de sentirse la presión del comunismo hacia el Oeste, por el continente europeo, en la forma en que lo hacía cuando el Ejército rojo fué un factor decisivo, directo o indirecto, en el curso de los acontecimientos de Hungría o Checoslovaquia, sino porque se han producido muchos otros cambios de la mayor importancia. Con la guerra de Corea se

puso de manifiesto la presencia por otras partes de presiones parecidas a las que durante algún tiempo habían amenazado a una buena parte de la Europa que se había visto libre, a la terminación de la segunda guerra mundial, de la influencia directa del comunismo.

La pérdida por parte norteamericana del monopolio atómico fué un acontecimiento extraordinario, sin duda, lo suficiente, por sí sólo, para dislocar un *statu quo* que de hecho es posible mantener sólo como una ficción, nunca como una realidad, porque las cosas, el ambiente en general, empiezan a cambiar en el instante mismo en que se ha tomado algún acuerdo o se ha llegado a alguna decisión. Y grandes, sin duda, han sido los cambios que se han producido, a la muerte de Stalin, por la Unión Soviética y por todo el mundo, en cierto modo, que de una manera u otra podría tener algo que ver con la Unión Soviética.

Y, en fin, ¿qué se podría decir si se intentase establecer nada más alguna comparación entre el mundo de hoy y el que existía hace poco más de un lustro, con anterioridad tan sólo a la presencia por la superficie de la tierra o del espacio que la envuelve de los proyectiles balísticos y los satélites artificiales?

Todavía no había llegado la O.T.A.N. a la mitad del camino que lleva recorrido desde su fundación cuando ya, allá por el año de 1955, se encontraba Churchill presintiendo, anticipando la llegada de una situación de tablas, no del jaque mate atómico que hubiera sido posible antes de la terminación de la década anterior, de una etapa más en la triste marcha de los acontecimientos en la que «la seguridad ha de ser hija endurecida del terror y la supervivencia hermano gemelo del aniquilamiento».

La presencia de las armas atómicas, anterior a la formación de la O.T.A.N., pero sólo de un lado, en forma de un monopolio posiblemente incómodo pero tremendamente importante, introdujo cambios profundos en las relaciones internacionales, incluso en las relaciones humanas. Y mucho más desde el momento en que dejó de ser un monopolio norteamericano. Lo que podía ser una amenaza de una fuerza decisiva, además de impresionante, hubo de ceder el paso a conceptos radicalmente nuevos.

Nadie esperaba, es de sobra sabido, que los Estados Unidos disfrutasen de ese monopolio para siempre. Pero nadie, quizá, esperaba, fuera de la Unión Soviética, que ese monopolio se perdiese tan pronto. La situación, o las fuerzas que actuaban sobre ella, estaban sufriendo alteraciones radicales. De la bomba A se pasó a un monstruo termonuclear que se hizo explotar en noviembre de 1952 y que según Sterling Cole, figura destacada de la Comisión Conjunta de Energía Atómica del Congreso de los Estados Unidos, abrió un cráter en el mar de más de medio centenar de metros y de más de un kilómetro y medio de ancho. De haberse producido la explosión en una ciudad moderna, añadió Mr. Cole, el área de la destrucción total tendría un diámetro de diez kilómetros.

No parecía, sin embargo, que se daba una importancia especial a lo que estaba sucediendo o quizá a cómo estaba sucediendo. Eso fué lo que movió a sir Winston Churchill a mostrar asombro ante la poca impresión aparente que habían producido informaciones de esta clase. Pero, a pesar de todo, seguía el mundo su marcha a ritmo acelerado y lo que en un principio podía considerarse como un factor decisivo de coacción, en caso necesario, y más tarde como un *deterrent* más o menos absoluto, una fuerza disuasoria que al perfeccionarse y aumentar habría de ejercer una influencia creciente, acabó actuando de manera decisiva sobre el pensamiento militar.

Por estas y otras razones, se llegó, ya en 1951, al establecimiento del «Temporary Council Committee» de la O.T.A.N., los llamados «Three Wise Men» (magos o sabios), por sugerencia de Dean Acheson, todavía secretario de Estado norteamericano. Pero aquellos tres hombres—Averell Harriman, de los Estados Unidos, presidente; Hugh Gaitskell, el difunto jefe del Partido Laborista inglés, que fué sustituido por sir Edwin Plowden poco después, consecuencia del triunfo conservador en las elecciones británicas de aquel mismo año, y Jean Monnet, de Francia—no tuvieron ocasión de hacer nada práctico. Se presentía la necesidad de alterar la estructura de la O.T.A.N. o de adaptarla a un mundo que era ya muy distinto de aquel en que se había fundado. No sólo por los cambios de carácter militar, sino por los cambios, también muy rápidos y grandes, que se estaban produciendo en todos los

RECENSIONES

demás órdenes, en el económico sobre todo, bajo el impulso, extraordinariamente eficaz, del Plan Marshall.

Se estaban perfeccionando y proliferando las armas nucleares, hasta el punto de contarse con proyectiles nucleares para aquel cañón de 280 mm. y 85 toneladas de que pronto se empezó a hablar, así como para una creciente variedad de usos, y, es más, otras naciones se estaban transformando también en potencias nucleares o empezaban a tener el convencimiento de que podían llegar a serlo. Churchill, en 1955, insistió mucho en la necesidad de que la Gran Bretaña tuviese no ya la bomba A, en cuya posesión se encontraba desde hacía tiempo, sino la bomba H también, porque de esa manera aumentaría, dijo, la influencia británica sobre la política de los Estados Unidos. «Personalmente—dijo en la Cámara de los Comunes—, yo no puedo tener la seguridad de que pudiésemos influir mucho sobre la política (norteamericana) o las acciones (de los Estados Unidos), sabias o imprudentes, mientras tengamos que continuar dependiendo grandemente, como sucede en la actualidad, de su protección. Nosotros también tenemos que estar en posesión de un sustancial poder de disuasión de nuestra propiedad.»

Esta actitud se fué afirmando con el paso del tiempo y dos años más tarde la Conferencia del Partido Laborista suscribió la decisión británica de producir la bomba H. John Strachey, que había sido ministro de Trabajo cuando los laboristas estaban en el Poder, defendió con eficacia la actitud contraria al desarme nuclear, que contaba con muchos partidarios en Inglaterra, especialmente en el Partido Laborista. El abandono de la bomba H por parte de Inglaterra convertiría a esta nación, dijo, «en un satélite completamente dependiente de los Estados Unidos» y sería la causa de que un futuro ministro de Asuntos Exteriores laborista no fuese capaz de «tomar siquiera en consideración actitudes que no fuesen aprobadas por el Departamento de Estado, en Washington».

Todo estaba cambiando, incluso la relación de fuerzas dentro de la O. T. A. N., de la cual eran miembros los Estados Unidos, la única potencia atómica del mundo cuando se fundó, y la Gran Bretaña, que estaba convirtiéndose también en potencia atómica. Desde el principio, la O. T. A. N. ha tenido un carácter fundamentalmente militar y todos los intentos que se han hecho, hasta ahora, por hacerle evolucionar para que aumentase, para que no perdiese su eficacia, se han quedado en poco más que proyectos o declaraciones, a pesar de las advertencias de personas de la influencia de John Foster Dulles, secretario de Estado norteamericano, en tiempos que muy bien pudieran haber sido decisivos para la Alianza Atlántica. Pero, a pesar de haber dicho que «ha llegado la hora de hacer que la O. T. A. N. pasase de la fase inicial a la totalidad de su significación», ha podido más, hasta ahora, lo que ha tirado hacia atrás para mantenerla—o rete-nerla—en una posición prácticamente inmutable.

Podía cambiar la estrategia, podían cambiar los objetivos, podía cambiar la misma manera de pensar, por no decir nada de las relaciones entre el Este y el Oeste; podía llegarse, en fin, a la situación esbozada por el autor de este libro, muy importante, como historia y como estímulo para la mente, al observar que «la posesión de las armas nucleares da a las naciones la capacidad de infligirse un daño tan severo unas a otras que todo uso que no fuese el más cuidadosamente restringido de la fuerza armada lleva implícito el grave riesgo de desembocar en un conflicto mucho más costoso que lo que los objetivos políticos en juego pudiesen justificar».

Las armas nucleares—en un principio eran atómicas nada más—tenían una significación en los días del bloqueo de Berlín, cuando los Estados Unidos contaban con poco más de dos divisiones en condiciones de hacer frente a las docenas de divisiones que se suponía tenía la Unión Soviética en condiciones de pasar a la acción casi en cualquier momento. Entonces se hablaba, con mucha frecuencia, de una táctica y una estrategia, en caso de guerra, que se traduciría en una retirada metódica y escalonada hasta los Pirineos, en un caso extremo, hasta que de nuevo fuese posible poner en movimiento todo el inmenso aparato que los Estados Unidos habían conseguido movilizar en años todavía recientes. Con la ayuda decisiva, era de esperar, de un factor completamente original.

Las armas atómicas eran la garantía, es más, de que la agresión no quedaría sin un castigo decisivo. Y de que se contaría siempre, se podía suponer, con el tiempo indispensable para organizar adecuadamente la potencia militar de la O. T. A. N. en Europa, hasta poner a su disposición un total de 80 a 85 divisiones (con una tercera parte en reserva, en condiciones de ser movilizadas en un período máximo de un mes), con lo que se podría fortalecer mucho, quizá decisivamente, la línea del Rhin.

Todo esto se quedó en proyectos. La O. T. A. N. ha dependido por completo, en el caso de haber dependido de algo, del Mando Aéreo Estratégico (S. A. C.) de los Estados Unidos, que estableció ciertas relaciones con la sección de bombardeo de la R. A. F. inglesa, y en ningún momento, hasta ahora, ha sido posible, ni siquiera después de los progresos del rearme alemán, disponer de más de 23 divisiones. Y eso que algunas de éstas son divisiones de primera línea más bien en teoría.

La presencia de las armas nucleares ha servido, es más, para crear no sólo un estado de ánimo especial, en vista del convencimiento—que se hizo casi unánime en ocasión de la crisis cubana y su desenlace, un acontecimiento posterior, sin embargo, al período de tiempo abarcado en esta obra, *NATO, the Entangling Alliance*—de que una guerra nuclear ya no es posible, en la práctica. Y quizá ni siquiera una guerra local con posibilidades de progresión «escalonada» hasta convertirse en una guerra nuclear. En ese caso, ¿qué importancia real tienen unas cuantas divisiones más o menos?

Por supuesto, cuando se ha llegado a una situación así se corre el peligro de caer en el escepticismo. Especialmente a partir del momento en que empezó a ganar terreno la impresión de que sólo en circunstancias muy especiales recurrirían los Estados Unidos a la fuerza nuclear, incluso en el caso de estallar una guerra en Europa que estuviese camino de no ser nada local. Ya en 1953, poco antes de abandonar la Casa Blanca, declaró el presidente Truman que una guerra termonuclear «no es una política posible para hombres racionales».

Y, en definitiva, como advirtió hace tiempo De Gaulle y recuerda Mr. Osgood. ¿quién puede decir que, en el futuro, y después de haber cambiado el fondo político de una manera total—y eso es algo que ha sucedido ya en la tierra—las dos potencias con el monopolio nuclear no se habrán de poner nunca de acuerdo para la división del mundo? ¿Quién podría decir, si la ocasión se presentase, que las dos, a la vez que decidiesen no lanzar sus proyectiles contra el enemigo principal, de tal modo que una y otra se encontrasen a salvo, no aplastaran a los demás? Es posible imaginarse un día horroroso en el que la Europa occidental fuese barrida desde Moscú y la Europa central desde Washington. ¿Y quién podría decir siquiera que los dos rivales, después de quién sabe qué trastornos políticos y sociales, no acabarían uniéndose?

Uno de los pensadores más originales y, al menos en apariencia, eficaces sobre estas cuestiones, George K. Kennan, escribió ya en 1957, en su libro *Russia, the Atom and the West*: «El comienzo de la comprensión descansa, en este espantoso problema, en el reconocimiento de que el arma de la destrucción en masa es un arma estéril y sin esperanza que puede durante un tiempo servir como una respuesta a su manera y como una especie de escudo incierto contra el cataclismo, pero que en manera alguna puede servir a los propósitos de una política exterior constructiva y esperanzadora... La naturaleza suicida de este arma hace que sea inadecuada tanto como la sanción de la diplomacia como la base de una alianza. Un arma así no es sencillamente el arma a que recurre uno fácilmente para la defensa de sus amigos. No pueden existir relaciones coherentes entre un arma así y los objetivos normales de una política nacional. Una actitud defensiva desarrollada en torno de este arma suicida en sus implicaciones sólo puede servir a la larga para paralizar una política nacional, para socavar las alianzas y para lanzar a todo el mundo más y más profundamente a los esfuerzos desesperados de una carrera de armamentos.»

Las cosas que han sucedido desde entonces—y hasta entonces—no han dejado de tener interés para la O. T. A. N. Son el tema de este libro la historia de un aspecto vital, emocionante, y aterrador también, de la vida de estos años.

JAIME MENENDEZ.

RECENSIONES

ROCKEFELLER BROTHERS FUND, Inc.: *Prospect for America*. Garden City, Nueva York, Doubleday & Company, Inc., 1961, XXVI más 486 páginas.

En nuestro tiempo, hay motivos para cohibir el ánimo. «La edad en que vivimos es una época de profundo y extendido fermento. Hemos estado presenciando una revolución en la política, el orden social, la ciencia, la economía, la diplomacia y los armamentos.»

Tal cúmulo de presiones movía al *Rockefeller Brothers Fund* a hacer un balance de la situación mundial a los ojos de los Estados Unidos.

En 1956, el citado Fondo se embarcaba en un proyecto encaminado a definir los mayores problemas y las oportunidades que van a lanzar su desafío a la iniciativa estadounidense en los próximos diez o quince años; a aclarar los objetivos nacionales; y a desenvolver una urdimbre de conceptos y principios capaces de servir de base para la política y las decisiones de los U.S.A.

A fin de realizar esa empresa, se formaban equipos de expertos para explorar los distintos aspectos de la vida de los Estados Unidos: materias económicas, sociales, militares, relaciones exteriores y educación.

Tales informes, publicados primeramente en folletos, producían un impacto en la Prensa y en la opinión pública consciente. En 1961, los seis Informes se editaban en un volumen.

Y esos documentos son el resultado del pensar y del trabajo conjuntos de más de un centenar de ciudadanos americanos durante cuatro años. Y labor de ciudadanos con experiencia y capacidad. Baste citar algunos nombres: Adolf A. Berle, Chester Bowles, Lucius D. Clay, Milton Katz, James R. Killian, Henry A. Kissinger, Laurence S. Rockefeller y Nelson A. Rockefeller, Dean Rusk, Charles M. Spofford, etc.

Los participantes en este programa han hecho una demostración de la *democracia en funcionamiento*, en un esfuerzo por contribuir al *diálogo* de toda sociedad libre.

El primer Informe toca el tema *El desafío a la política exterior estadounidense a mediados de la centuria*. En él se abordan extremos como los siguientes: la naturaleza de la política exterior; los objetivos americanos; la Comunidad Atlántica, la Comunidad Interamericana, las Naciones Unidas, el orden mundial; la amenaza comunista; las cuestiones asiáticas, medio-orientales y africanas; los elementos de un nuevo mundo; etc.

De toda esa problemática, extraemos un pensamiento-guía, que puede resumir una buena porción del curso de los asuntos mundiales. Se inserta a continuación. El surgimiento de una Europa unida y el de una China altamente organizada son los más obvios signos de que las fuerzas del bipolarismo existentes en la fase de la postguerra han comenzado a caer (pág. 69). Pero *Prospect for America* delinea el peligro de una nueva división del mundo, a base de la raza y del color (pág. 72).

El aspecto militar de la seguridad internacional es estudiado en el segundo Informe. Todo el complejo de integrantes de tan trascendental faceta se desgrena en una serie de perfiles: capacidad soviética y capacidad estadounidense; guerra general y guerra limitada; el problema de las armas nucleares; la organización de la Defensa; el papel de las Alianzas (con el especial caso de la O.T.A.N.); la dinámica de la defensa civil; la problemática de la reducción de los armamentos y las particularidades de un presupuesto para la seguridad nacional.

En estos rumbos, se nos dice que la supervivencia de la O.T.A.N. exige el generar un sentido *común* de propósitos políticos, económicos y sociales, pidiéndose la adopción de medidas como la siguiente: proporcionar dentro de Europa una fuerza atómica y de *missiles* controlada por europeos, dando realidad al sentido europeo de participación en la N.A.T.O.

A través del globo, pueblos liberados del colonialismo se hallan comprometidos en la lucha contra un antiguo enemigo: la pobreza. A los recursos de todas las

RECENSIONES

naciones libres llegan las demandas de ayuda para tal lucha. Todo ese conglomerado de aspiraciones, necesidades y presiones es enfocado en el III Informe, titulado *Política económica exterior para el siglo XX*. En él se examina la entidad del problema a base de estos elementos: la desintegración del sistema político del siglo XIX; la revolución social de carácter mundial; la significación de las naciones subdesarrolladas; las naciones industrializadas del llamado mundo libre; y el relieve de la amenaza comunista en esta esfera. Puntos notables del Informe los constituyen la estructura económica del mundo libre, con sus variadas implicaciones—desde la interdependencia de las naciones a los usos pacíficos de la energía nuclear—; y los especiales problemas de los países subdesarrollados—término dentro del cual se escalona toda una serie de naciones con una inmensa diversidad de recursos, urdimbres sociales, condiciones económicas—, y sobre los cuales se adelanta la aseveración de que, a pesar de sus semejanzas, sus problemas no permiten un tratamiento uniforme. El trabajo valora sus distintos factores.

En todo caso, el mundo libre puede demostrar la vitalidad de sus principios haciendo más rápidos progresos en la realización de las aspiraciones de esos pueblos.

Y el volumen aludido registra el caso del Hemisferio Occidental como un testimonio concreto de que el desarrollo económico no puede ser divorciado de la particular situación de las condiciones locales (ocho páginas).

Ahora bien; el vigor y la expansión de la economía estadounidense no son fines en sí mismos. Es una circunstancia subrayada por *Prospect for America*. Ellos son medios para contribuir al mejoramiento humano. Y aquí vemos cómo el crecimiento económico depende esencialmente de una empresa privada sana y en expansión. Patejamente, las instituciones sociales, la filantropía privada y la acción gubernamental se presentan a título de complemento de la iniciativa individual en la canalización del auge económico hacia el bienestar humano. Hay muchos problemas a tratar en este terreno: agricultura, transporte, congestión urbana, fortalecimiento de algunos de los elementos básicos del bienestar individual y familiar—de buena educación a adecuado alojamiento...

Estos y otros perfiles integran la temática del cuarto de los Informes: el que se refiere a *los aspectos económicos y sociales* del desafío del siglo XX a los Estados Unidos.

Y no es uno de los menores desafíos la faceta educativa. De ahí el rótulo del V Informe: *Educación y el futuro de América*. Por supuesto. Conforme la sociedad se hace más compleja e intrincada, demanda más urgentemente no sólo el desarrollo de talentos especializados, sino también la formación de individuos libres, razonantes y responsables.

Mucho es lo que ha de realizarse en este campo. Bien se da a entender al tocar, por ejemplo, la cuestión del inadecuado uso del talento. El Informe percibe cómo no hay bastante gente capaz en la investigación básica o en la enseñanza. La dificultad estriba en que tales tareas requieren una proporción de sacrificio o de dedicación que se desvían de las fórmulas predominantes de la vida americana (con sus ídolos: la seguridad, el conformismo y el confort). ¿Críticas exactas? ¿Alarmas verdaderas? El Informe trata de poner las cosas en su punto.

Desde luego, la Humanidad nunca ha vivido antes de ahora con el miedo de poderse destruir a sí misma. Pero, por otro lado, nunca los hombres y las mujeres han tenido tantas ocasiones de vivir con tantas esperanzas, inteligencia y vitalidad. Y es la visión democrática la razón de que existan tales oportunidades (pág. 465). *Democracy is a powerful idea. El poder de la idea democrática*—sus fundamentos y sus debilidades—forma el contenido del Informe VI.

¡Buena invitación al alumbramiento de eficaces decisiones!

LEANDRO RUBIO GARCIA.

WODDIS, Jack: *Africa. The Roots of Revolt*, 285 págs. Lawrence & Wishart, London, 1961.

La idea directriz de Woddis, tesis inspirada por Abdulaye Diallo, el prominente político guineano, es que África se encuentra en una grave situación como consecuencia de la acción colonial y que, para remediarla, acude a una revolución dotada de perfiles propios, mediante la cual podrá lograr el necesario equilibrio. En este volumen, Woddis desarrolla la primera parte—la de las condiciones imperantes en África en el momento de su independencia—y aplaza para un segundo tomo el examen de las características de la revolución africana.

«En 1960, año del destino de África—dice el autor—millones de seres comprendieron mejor que nunca los daños que el colonialismo había impuesto a los pueblos africanos. En particular habían sido exasperados por las prácticas de *apartheid* y discriminación racial... Nunca debe olvidarse que la discriminación racial tiene un objetivo mucho más importante que la propia discriminación, es decir, que implica un objetivo de explotación económica.» «La discriminación racial—explica más adelante—sirve a los intereses de aquellos que viven mediante el provecho logrado por el mantenimiento de un sistema de mano de obra excepcionalmente barata.»

Para Woddis todo lo que ha realizado el colonialismo en África es perjudicial y execrable. No se sitúa en una postura objetiva para examinar el pro y el contra de cada hecho, sino que, abiertamente, se lanza a la crítica demoledora de toda labor. Y en esta carencia de objetividad radica el fallo que a su obra encontramos. Es cierto que se han cometido enormidades en África. También lo es que, especialmente en las primeras épocas, se ha buscado fundamentalmente el rápido enriquecimiento sin detenerse a considerar los medios. Esto es cierto y no puede ser negado. Pero también, junto a esta rapacidad manifiesta, las potencias coloniales han desplegado una labor civilizadora: se ha desterrado el canibalismo, se han suprimido las guerras tribales y las terribles endemias, se ha divulgado la enseñanza y se ha elevado el nivel de vida de las poblaciones. La demografía ha crecido mediante los cuidados de las autoridades y hoy los africanos, en términos generales, viven con un confort y una seguridad de que no disfrutaban anteriormente a la presencia europea cuando se hallaban a merced de cualquier tribu hostil o de los caprichos sanguinarios de un reyzeulo.

Por esto, decir, como hace Woddis, que «el sistema total de colonialismo roba al africano su tierra y su producción, le obliga a vivir en la enfermedad y en la miseria, le niega la educación y el entrenamiento técnico, le rehusa el acceso a los trabajos que requieren destreza, le paga salarios de hambre y le recluye en paupérrimas reservas», es una enormidad que no puede, seriamente, sostenerse. Es una afirmación gratuita destinada a sembrar el odio inconsiderado en la masa ignorante del verdadero estado de la cuestión. Es demagogia pura y no estudio constructivo.

Aclarados estos puntos previos, no nos detendríamos con particular empeño en la consideración de esta obra si no fuera por un hecho, ajeno a ella, que venimos observando con alarma, dada nuestra dedicación a la lectura de las obras que tratan de los temas africanos. Este síntoma consiste en la extraordinaria proliferación, de poco tiempo a esta parte, de obras que, como la presente, sin sólida base, están dedicadas al ataque sistemático de la acción europea en África. Habida cuenta de que el gran público desconoce por experiencia directa lo que África es y lo que en África ha ocurrido y ocurre, no puede dudarse de que el impacto de tan numerosas obras sobre el público no versado ha de ser forzosamente deprimente. Un profano que lea, sucesivamente, tres o cuatro obras como la de Woddis, quedará impresionado por la nefasta acción que el colonialismo ha desplegado en África y mostrará un gesto de afable comprensión hacia todo negro que devore a su «explotador» o viole a su mujer o a su hija. Así se comprende la escasa repercusión emocional que despertó en la propia Europa, y mucho menos en los Estados Unidos, el conocimiento de

las atrocidades del Congo o Angola. Se ha creado, por la propaganda demagógica, un estado de opinión, en los países occidentales, que permite aceptar toda barbarie como una legítima manifestación de protesta.

Las frases con que inicia Woddis el volumen indican la tesis que tan ampliamente se ha propagado por el mundo. Son éstas: «La historia de las relaciones de Africa con el Occidente ha sido una historia de pillaje; pillaje del trabajo humano africano, de sus recursos minerales y agrícolas y pillaje de su tierra.» Si Jomo Kenyatta decía, en 1932: «Lo que los africanos necesitan ahora no son Comisiones, sino que se les restituya la tierra», Woddis no necesita hacer más averiguaciones. Para él es como si fueran palabras de la Sagrada Escritura. Por esto concluye que «Los africanos no han sido sólo saqueados de su tierra, sino que sus mejores tierras les han sido arrebatadas por los europeos.» Podrá esto poseer algún fundamento si consideramos las *White Highlands* de Kenya. Si no exactamente lo que dice Woddis, la cuestión, en ese ejemplo, podría ser objeto de discusión. Pero no se puede lanzar tan rotunda afirmación cuando se refiere a todo el Continente. No considera Woddis, tal vez porque sólo sea demagogo y no técnico, que la agricultura africana, anteriormente a la presencia europea, era una famélica agricultura de subsistencia donde, de forma exigua, apenas se producían algunas de las especies necesarias para la alimentación de poblaciones acostumbradas secularmente al hambre. Hoy en día se producen millones de toneladas de productos de exportación, café, cacao, caucho, etc., que proporciona millones de dólares, una gran parte de los cuales revierten íntegramente en beneficio de los africanos propietarios de los cultivos. Una hectárea de terreno actual, mediante la transformación de la agricultura merced al colonialismo, produce más riqueza que centenares de hectáreas anteriormente. ¿Es que Ghana o Nigeria, pongamos por caso, no son hoy países riquísimos por su producción agrícola? Y ¿no son fundamentalmente los africanos los poseedores de tal riqueza? Esto demuestra que las afirmaciones de Woddis son tendenciosas y falsas.

Ciertamente más fundamento tienen las afirmaciones de que: «En el Congo Be'ga y Uganda, por ejemplo, se ha probado que el sistema europeo de desyerbar puede ser perjudicial bajo las condiciones tropicales y destruye la estructura del suelo exponiendo la materia orgánica a rápida oxidación» (pág. 18). Esto es cierto, pero ha sido un descubrimiento reciente, producto de la ciencia moderna y en el siglo pasado nadie suponía que los procedimientos de cultivo usados tuvieran tales consecuencias. Prueba de ello es que gran parte de los Estados Unidos han quedado en condiciones no aptas para el cultivo debido a esta circunstancia. No se puede achacar a mala fe del colonialismo que no emplease unas técnicas que entonces se desconocían. Es como si reprochásemos ahora al colonialismo los niños que murieron de pulmonía... antes de que se descubriese la penicilina.

Pero Woddis se empeña en ver en todo acto una malvada intención. Así considera que el monocultivo, «típico símbolo del colonialismo» (pág. 37) ha sido instaurado para perjudicar a Africa. Como si las condiciones del suelo, del clima, etc., fueran factores que se pueden alterar caprichosamente. Si hubiese querido conocer el verdadero alcance del problema le hubiese bastado estudiar el caso de Iberoamérica, donde ocurre lo mismo sin imposición de ningún colonialismo europeo. Los factores naturales no pueden alterarse a voluntad por mucho ímpetu revolucionario que se posea. Fidel Castro, que lo posee en no escasa medida, no ha conseguido modificar el panorama agrario de su país.

La segunda parte del volumen está dedicada a denigrar los sistemas laborales introducidos. Pese a que la urbanización en Africa ha crecido vertiginosamente, Woddis ataca el hecho de «el número de africanos al sur del Sahara que viven en ciudades de 20.000 o más habitantes es solamente de seis millones, es decir, poco más del 4 por 100 de la población» (pág. 126). Llevado de su fobia antioccidental, olvida que, antes de la presencia europea, no existían verdaderas ciudades en el Africa subsahariana.

Las frecuentes citas de Marx, Chu En-Lai, Lenin, etc., aclaran el origen del pensamiento de Woddis.

JULIO COLA ALBERICH.

ADLER, Selig: *The Isolationist Impulse. Its Twentieth Century Reaction*, Collier Books, Nueva York, 1961, 507 págs.

Ahora, cuando una nueva ola aislacionista—apoyada, fenómeno curioso, en cientos de bases militares, grandes y pequeñas, por el exterior, en aviones de bombardeo nuclear intercontinental y en submarinos provistos de proyectiles «Polaris»—en pleno desarrollo por los Estados Unidos, no sólo es oportuna, sino altamente atractiva la lectura de un libro que parece hacer inevitable esta conclusión: el aislacionismo es una característica esencial de la vida norteamericana que, a pesar de su profunda raigambre, está condenada siempre al fracaso y la frustración.

Empieza el aislacionismo en los Estados Unidos antes incluso que la vida independiente. En el fondo, esto tiene fácil explicación cuando se piensa que algunos de los primeros colonizadores de la porción norte del Nuevo Mundo han sido gentes que ansiaban huir de un ambiente hostil y romper definitivamente con él. Antes de empezar la guerra contra Inglaterra, que acabó en la aceptación de un miembro nuevo en la familia de naciones, ya se encontraba John Adams afirmando, en 1775, que «nosotros deberíamos dejar sentado, como primer principio y máxima que nunca se habría de olvidar, el mantenimiento de una entera neutralidad en todas las futuras guerras europeas».

Y de la misma manera que Washington hizo una famosa y muy conocida advertencia, en su discurso de despedida, al cabo de ocho años como primer presidente de la nación, contra «las alianzas permanentes», Jefferson, que representaba en política una tendencia radicalmente contraria, habló en su discurso de toma de posesión, de una «amistad honesta con todas las naciones, alianzas comprometedoras con nadie». De Jefferson, no de Washington, contra lo que es general creencia, es la frase, de sentido tan peyorativo, «entangling alliances».

Es más, cuando por alguna parte se produjeron movimientos como el de Grecia en su esfuerzo por desprenderse de la dominación turca, en los comienzos de la década de 1820, siempre se podría esperar que surgiesen vigorosos movimientos de resistencia aislacionista a la prestación de cualquier ayuda que pasase, en el más extremado de los casos, de la expresión de inocentes sentimientos de solidaridad y simpatía. Mucha emoción, sin duda, produjo aquel movimiento de libertad en Grecia. Para moderarlo y, a ser posible, enfriarlo, se alzó la voz de otro Adams, John Quincy, que era entonces secretario de Estado, el cargo por aquellos tiempos de mayor importancia después del de presidente. Los Estados Unidos, dijo, siempre contemplarán con simpatía la lucha contra la tiranía de cualquier grupo extranjero, pero «no se van a ultramar en busca de monstruos que destruir. Son (los Estados Unidos) los que desean la libertad e independencia de todos. Son el campeón y vindicador de la suya propia».

Tuvo sus grandes contradictores, sin duda, el aislacionismo. El mayor de todos: la tendencia irresistible a la expansión territorial por la mejor parte de un mundo con las dimensiones de un inmenso continente, comercial en todas las direcciones imaginables. Uno de los paladines más decididos de la lucha contra el aislacionismo fué el almirante Alfred Thayer Mahan, batallador incansable por la expansión y, como el medio más firme y seguro de crearle un clima favorable, la transformación de los Estados Unidos en una gran potencia naval, la mejor, la única manera, en realidad, de asegurar su prosperidad y seguridad futuras. Una nación de tierra adentro, decía él y resume el profesor Selig Adler, tiene inevitablemente que caer en la decadencia y el colapso, por el hecho sencillo de que la tierra «es casi toda ella obstáculo, el mar casi todo llanura abierta», por lo que la tierra había de tender siempre a interrumpir, «enanizar» el desarrollo. Por eso, en 1894, pidió abiertamente a los Estados Unidos que dejasen atrás de manera total y definitiva «la política aislacionista que encajaba bien en su infancia», claro, pero que estaba pasada de moda, y que aceptasen con valentía su «inevitable afán y predestinada suerte en la tarea de sostener el interés común de la civilización».

No siempre se podía dejar atrás una tradición que podía ser breve todavía, pero que tenía mucho fondo, indudablemente. Es más, la misma brevedad se solía convertir en un argumento en apariencia irresistible, por apoyarse en algo que estaba al alcance de todos. Así se ha visto más de una vez que personalidades inclinadas en una fase de su vida a luchar contra el aislacionismo, como Albert J. Beveridge, que difícilmente podía ser aislacionista, a pesar de ser un encendido nacionalista, mientras fuese también un decidido partidario del desarrollo de una política imperialista, asentada en la firme convicción de que las naciones anglosajonas eran, bajo Dios, «los organizadores maestros del mundo». Pero, a pesar de su imperialismo y de su progresismo (al estilo del primer Roosevelt), Beveridge acabó volviendo a la más pura tradición aislacionista.

El aislacionismo pasó por una prueba tremendamente difícil con la primera guerra mundial. La lucha contra los aislacionistas que buscaban a toda costa impedir la entrada de los Estados Unidos en aquella guerra asumió formas tan llamativas, y un poco ingenuas, como un acto celebrado en la Universidad de Cornell para condenar la actitud aislacionista del senador Robert M. La Follette, una de las figuras más recias y activas del movimiento progresista—otra de las grandes «constantes» de la vida norteamericana hasta que el segundo de los Roosevelt, más bien que el primero, lo transformó en una efectiva y eficaz política de gobierno—. En el menú de un banquete figuraban cosas como galletas inglesas, panecillos rusos, mayonesa italiana, «helados belgas con sala aeronáutica» y coronado todo con el nombre de los Estados Unidos, pastel de hoja de maple y «menta patriótica».

Pero caería en muy grave error quien creyese que bastaba con una gran guerra para matar definitivamente el aislacionismo en los Estados Unidos. En cierto modo, podría hasta decirse que después de esa guerra dejaba la impresión de ser más fuerte y de gozar de mejor salud que en cualquier otro tiempo. Bastaría con escuchar a William Randolph Hearst, ardoroso defensor del nacionalismo y el patriotismo envueltos en deslumbradores conceptos aislacionistas, al condenar «la histórica devoción hacia otras naciones» que existía en los Estados Unidos, según un editorial publicado bajo su firma en toda una inmensa cadena de periódicos de su propiedad.

El aislacionismo alcanzó, es más, un triunfo extraordinario después de esa guerra al derrotar los proyectos del presidente Wilson por llevar a los Estados Unidos a la Sociedad de Naciones, de reciente creación, y al impedir incluso que los Estados Unidos firmasen el tratado de paz negociado oficialmente en Versalles. Expresiones singulares del aislacionismo que volvía a dar un tono peculiar a la vida pública norteamericana eran las que asomaban en las páginas de *The Nation*, una revista muy de minorías, de tendencias socializantes, en la que se llegó a pedir la derrota del proyecto de Wilson para formar la Sociedad de Naciones, para mejor frustrar un «plan... calmoso, arrogante y brutal» para la dominación aliada del mundo. Y el senador La Follette, ya citado, se levantó para condenar el tratado en cuya negociación había tenido una parte muy activa el presidente Wilson como «el documento de paz más inicuo que haya sido jamás redactado».

Con frecuencia se ha identificado el aislacionismo con lo reaccionario más bien que conservador, pero en los Estados Unidos se ha tropezado muchas veces con grupos y partidos francamente izquierdistas que en una ocasión u otra han luchado abierta y decididamente por el aislacionismo. Figuras fundamentalmente liberales como Walter Lippmann hablaban y escribían para criticar con amargura a la Europa de aquella postguerra, hasta el punto de sugerir que podía no quedar a los Estados Unidos más recurso que «encontrar su propia seguridad en este hemisferio», el recurso tradicional del aislacionismo que tuvo expresiones más recientes en hombres como el ex presidente Hoover y el general MacArthur, defensores de un «gibraltarismo» que parecía ser sencillamente la mejor y más clara expresión del anacronismo en un mundo donde se encontraba uno con los Estados Unidos por todas partes y donde casi en todas partes había claras expresiones demostrativas del poder y la presencia de los Estados Unidos.

RECENSIONES

Pero, por unas razones u otras, se llegó a tener la impresión de que por los años que mediaron entre las dos guerras apenas había más que aislacionismo en los Estados Unidos. Aislacionista a su manera eran dirigentes comunistas como Scott Nearing, durante algún tiempo una de sus principales figuras, profesor, polemista y batallador incansable contra la Sociedad de Naciones, organización a la que calificó de «los cosacos de Europa», cuya misión y propósito era aplastar todos los «movimientos laborales y revolucionarios».

Aquella guerra fué, en definitiva, la razón final y suprema del retorno al aislacionismo, porque con ella, como se oía cantar a los mismos soldados norteamericanos que volvían a la patria,

*We drove the Boche across the Rhine,
The Kaiser from his throne,
Oh, Lafayette, We've paid our debt,
For Christ's sake, send us home.*

(«Echamos al Boche al otro lado el Rhin, / al Kaiser de su trono, / oh, Lafayette, hemos saldado nuestra deuda, / por amor de Cristo, enviadnos a casa.»)

Fué efímero y sin grandes consecuencias, sin embargo, el triunfo del aislacionismo. En parte, por el carácter, a veces devastador, de la crítica que se fué cebando en algunas de las principales personalidades—o instrumentos—dedicadas a la propagación del aislacionismo, como cuando William Allen White describió a Mr. Hearst como «mi idea de lo que sería una serpiente cascabel cruzada con la viruela... No trabajaría para él por todo el dinero del mundo».

Y, sin embargo, sería precipitado—e injustificado—el juicio de quien se aireviese a proclamar la muerte del aislacionismo como consecuencia de la memorable victoria de Roosevelt en elección tras elección, de la entrada otra vez de los Estados Unidos en la guerra y de muchas cosas más que acabaron haciendo de esa nación una superpotencia de dimensiones y de intereses genuinamente universales. Lo que sucedió después de la primera guerra mundial está sucediendo, quizá en mucha menor escala, en la actualidad y ha pasado por períodos de exaltado patriotismo y aislacionismo como durante la turbulenta y efímera campaña del senador, ya fallecido, McCarthy. En cualquier momento puede darse una situación como aquella que, en los años entre las dos guerras, dió lugar a que el profesor Adler escribiese:

«El portavoz sobresaliente de los patrioteros era el *Tribune* de Chicago. Europa, decía su página editorial, había sido amamantada con el oro americano desde los días de Colón. Cuando la independencia norteamericana acabó con la explotación colonial, indeseadas hordas fueron volcadas sobre nuestras orillas. A medida que los Estados Unidos fueron madurando y conteniendo esta intrusión extranjera, el Antiguo Mundo encontró necesaria la restricción de nuestra soberanía y el hacernos volver a cobijarnos bajo la tienda (del indio). De aquí, de acuerdo con el *Tribune*, surgió el deseo europeo de encandilarnos (a los norteamericanos) para entrar en la Sociedad de Naciones.»

La historia del aislacionismo norteamericano ha recibido una aportación de singular valía con este importante libro del profesor Adler.

JAIME MENENDEZ.

LE TOURNEAU, Roger: *Evolution politique de l'Afrique du Nord musulmane*, 1920-1961. Armand Colin, París, 1962, 503 págs.

Desde hace ya varios años viene siendo una realidad evidente la de que las evoluciones políticas contemporáneas en los tres países musulmanes de Marruecos, Argelia y Túnez tienen para España, Francia y otras naciones contiguas, un interés preferente. Los tres principales Estados entre los cuatro norteafricanos (es decir, no con-

tando a Libia), destacan entre sus motivos de más directo valor, los de sus emplazamientos geográficos en el Mediterráneo Occidental; los de sus conexiones físicas y humanas con otras comarcas de las orillas de en frente, tales como las españolas de Andalucía y las italianas de Sicilia; los efectos de los todavía recientes sistemas de protectorados y soberanías exteriores; y las huellas dejadas por las sacudidas de las nuevas independencias, sobre todo en Argelia. Así resulta que por una parte el estudio político y político-social de lo norteafricano actual ofrece desde las perspectivas europeas un interés natural mucho más apasionante que el de África negro o el del Próximo Oriente. Pero para el conocimiento objetivo y sereno suelen existir varios inconvenientes.

Una de las dificultades en el examen de los cambios y las posibilidades de las nuevas o renovadas nacionalidades marroquí, argelina y tunecina, es la de que los pleitos del pasado están ahí demasiado recientes, y las posibilidades del presente aparecen confusas por la misma excesiva cercanía. Las nuevas formas de las relaciones establecidas entre unos y otros países musulmanes del Norte de África, o entre ellos y las naciones no-islámicas que allí han ejercido intervenciones y tutelas, están expuestos a no comprenderse cuando se estudian sus orígenes pasados en vista de sus efectos recientes. En realidad, el surgir del nuevo Marruecos, la nueva Tunicia y la novísima Argelia sólo se comprenden recordando que se iniciaron en virtud de una especial atmósfera que fué la del período colonial. Entonces los apasionamientos de las tendencias políticas más variadas y opuestas, destacaron sobre todo sus perfiles polémicos; sin que casi nunca se pensara en que sus episodios eran capítulos de historia contemporánea que se iban haciendo apresuradamente.

Así, en el estudio de lo norteafricano desde la primera guerra mundial hasta nuestros días, lo primordial es utilizar como punto de enfoque la visión serena y cuidada de su historicidad. Esto es lo que (en grado muy destacado y elogiabile) ha conseguido el libro de Roger Le Tourneau sobre la evolución política de África del Norte musulmana. Sobre todo porque tanto la personalidad de su autor como los antecedentes de su larga labor de investigador técnico, y residente en todos los países magrebíes, hace que junte las aportaciones del fondo documental a las de la visión directa sobre el terreno, y a lo largo de todo el período estudiado.

En cuanto al encuadramiento y la extensión del contenido del libro, el mismo Roger Le Tourneau hace constar desde las primeras páginas que su obra no pretende ser una historia política de África del Norte. En cierto modo esto es todavía prematuro, porque falta seleccionar y destacar una enorme cantidad de material documental inaccesible. También hay muchos aspectos en los que los apasionamientos excesivos aún no se han apaciguado. Así el título del libro deja entender que en su especial enfoque de los aspectos evolutivos en los hechos políticos, se deja de lado lo que tuvieron o pudieron tener de sensacionales, para subrayar lo que pudieron servir como preparaciones de las transformaciones futuras. Roger Le Tourneau ha conseguido presentar una especie de metodología para enfocar el período comprendido entre los años 1920 y 1961. El ha tratado de levantar una armazón sobre la cual se podrán ir añadiendo y completando detalles, pero que ya asegura la solidez de un conjunto científico y documental estable.

En el plan general de las partes y los capítulos hay un previo boceto de encuadramiento del ambiente, que se refiere a los suelos y los hombres; con observaciones sobre razas, pueblos, religiones, grupos lingüísticos, demografía, economía, evolución sociológica y espiritual; factores de divisiones tripartitas, y gérmenes de unidad. Luego vienen los detalles de las evoluciones políticas en cada país. Primero Túnez, desde el régimen turco, y como primer sitio de aplicación del protectorado, además de punto de nacimiento y articulación de un sistema de nacionalismo que luego pasó a los otros dos países (aunque con adaptaciones a sus diferentes condiciones de ocupación, administración y tradiciones musulmanas locales). Y en la emancipación tunecina fueron rasgos peculiares la sucesión de etapas graduales que pasaron desde la autonomía interna hasta la independencia total. En Marruecos se señalan las peculiaridades del sistema de protectorado de Lyautey; la doble actuación francesa y española; la cuestión berebere; las relaciones internacionales y el papel de los

RECENSIONES

judíos. En Argelia los problemas que hizo nacer el centenario de 1930; el fracaso de los proyectos del Manifiesto y el Estatuto; el ciclo de la revolución desde 1954 y el papel del F.L.N. respecto a los factores de lo argelino no-musulmán. Al final, y como conclusión, hay un capítulo sobre el Magreb unido.

En este capítulo se pasa revista a algunas de las principales posibilidades de que se establezcan lazos permanentes para una unión estatal magrebina y norteafricana; sea como alianza, como federación o como fusión, Roger Le Tourneau sitúa dichas posibilidades sobre el fondo de los factores permanentes de unidad y diversidad que siempre han coexistido en los ambientes norteafricanos. A ello añade una serie de consideraciones subrayando la evidencia de que todas las partes del Magreb se encuentran «en período de mutación brusca y profunda». No sólo por los residuos de la dominación colonial, sino por la evolución general del mundo, todo está sometido a revisión en lo norteafricano. Las transformaciones políticas son lo más visible de los cambios, porque a cada paso se destacan por las informaciones de la prensa diaria. Pero Le Tourneau dice que en realidad no representan más que una especie de formato o de *règle du jeu* de las otras transformaciones (es decir, las económicas, sociales, intelectuales, etc.). Sin embargo, ocurre que la regla del juego ha de renovarse a cada paso, puesto que las demás evoluciones no paran sus trayectorias a la orden de mando; y así dejan caducas las fórmulas políticas que antes se habían ido elaborando con gran trabajo.

A pesar de todo, las conclusiones de la referida obra son en conjunto bastante optimistas, especialmente respecto a las posibilidades de colaboración de los norteafricanos con Francia, España e Italia dentro del mismo ambiente marítimo occidental. Desde luego, nadie puede desconocer ni negar los lazos múltiples que unen el conjunto de Africa del Norte a los otros países de formación árabe en el Oriente Medio. Son los lazos predominantes de religión, idioma, costumbres, demografía, etc. Pero hay también factores de discrepancias en las posibilidades de dominio y primacía, lo cual deja a los norteafricanos como un sector-puente entre lo arábigo-asiático y lo europeo neo-latino.

Al final de la lectura queda como impresión predominante la de los laudables esfuerzos que Roger Le Tourneau ha realizado para dar a su obra la mayor cantidad posible de imparcialidad. Poniendo un evidente empeño en tratar de comprender, más que de elogiar o condenar.

RODOLFO GIL BENUMEYA.